

LAS DISTANCIAS

Pintura de Zabaleta

- I Dialogan y dialogan las distancias.
Dialogan las montañas —su distancia—,
su perfección de cuerpos, su mediodía o noche des-
[bordada.
Entre rocas aisladas y árboles en el viento,
como diálogos vivos, las distancias.
- II Ni hay senda, ni camino, sino sólo distancia.
Los cuerpos absolutos, sus ademanes claros
(diálogos en el viento). Cada rostro y sus ojos,
su creación —dolorosa, salpicada de nada—,
su invención de la tierra, del sueño, de las rocas.
(Las piedras en el sueño como humildes pisadas.)
Las distancias secretas de molino y establo,
de vacas masticando la yerba, de aire y niebla,
de peces que resbalan.
Distancia de los cuerpos, de los ruidos del valle,
de las cumbres —su niebla—, del sueño en que se
[empapan.
Cumbres húmedas, rostros dormidos, sin mirada.
Las rocas de una cumbre y otra cumbre (en el mismo
sueño, en la misma orilla que los astros velaban).
- III Un cuerpo y otro cuerpo, dialogando,
sufriendo su quietud, su alejamiento,
sus voces como nubes, sus mañanas.

Un cuerpo y otro. (Una figura sola.
Dos figuras que tardan.
Tres figuras con sueño, y perspectivas
de niebla, y luz de agua.)

Su quietud en el tiempo, y hondas grietas
de Dios —hondas estrellas—
para crecer más puros, más nocturnos,
con vibración de aurora entre las ramas.

Más dormidos, más solos (qué ternura,
qué rendición amable de materias humanas,
¡qué aparición de un toro solitario!, qué calma).

Cuerpos como sonidos que no suenan
cuando están dialogando las distancias.
Son piedras, son altares de crueldad —son malezas—
frente a una cumbre sola de luna y de montaña.

IV Aún hay cuerpos parados, naturales,
que crecen y se instalan
lentamente, se olvidan de sí mismos,
concentran en el viento
su dignidad, su gracia.

(Hay pájaros muy tiesos, muy graciosos de cuello,
y grandes peñascales de sombra junto al agua.)

Hay viejas, y mujeres
con sus niños en brazos, y enemigas muchachas
(¡qué erguidas, qué desprecio,
qué de pueblo en el alma!
Quiero decir —y digo— ¡qué maravillosas!).
Quiero decir que hay viejas: dolor que no se acaba,
muerte que nunca llega,
belleza que se queda retrasada en el mapa.

Oh, ambición de retraso.

Los cuerpos naturales, los pájaros, las madres
que llevan a sus hijos con fatiga, las cabras,
el arroyo y las rocas, y la noche, y más pájaros,
y en el diálogo suelto de las cumbres, muchachas
de esas que nadie toca
por sus leguas y leguas de postura heredada.

V Los cuerpos —sus figuras—
dialogan, se agigantan,
son bastante más grandes
que sus brazos activos y su sombra diaria.

Participan los cuerpos en el vasto secreto
de la tierra, y empiezan a crecer sus distancias,
sus barrancos de cardos, de mañana de lluvia,
de tarde sobre un suelo de corolas mojadas.

Los cuerpos están solos,
desnudos de aire y agua,
de piedra y precipicios, de aburrimiento y cumbres
con sol, y sombras mansas.

Los cuerpos, desdoblándose
de sí mismos, confirman su propia lontananza,
su trascendencia alegre,
sus diálogos de amor sin que sobren palabras.

Viejísimas posturas de roca perpetúan
su mejor ignorancia,
belleza no aprendida, tiempo en que cada rostro
sufre y duerme sin alas.

LUIS FELIPE VIVANCO